

RELATO CORTO

TÍTULO

Suturas en el tiempo.

TEXTO RELATO

La comida de fin de año es una tregua breve dentro de un sistema que nunca se detiene.

Ocho supervisoras, las de tardes y noches, alrededor de una mesa en el txoko de Rosa. La ropa aún huele a hospital de alta complejidad. Los móviles, boca abajo. No por descuido, sino por necesidad de pausa.

Las de noche tienen cara de sueño. Siguen contando camas mentalmente, anticipando lo que viene.

Brindamos mirando el postre, por otro año más de hacer magia: cuadrar presencias, llamadas a las cinco de la mañana, incidencias que se encadenan sin aviso. Decisiones invisibles de las que depende que el hospital no se detenga.

—El día menos pensado revienta todo —dice alguien, medio en broma.

—Mientras no reventemos nosotras antes —respondo, levantando la copa. Risas.

Entonces pasa.

Primero, el silencio. Ese silencio que pesa. Como cuando, de noche, suena el busca y oyes “te llamo del paritorio...” y sabes que algo va mal antes de que termine la frase. Luego, un chisporroteo extraño en las lámparas del txoko. Después, oscuridad.

Busco el móvil por costumbre, pero no toco nada. Un vuelco en el estómago.

Cuando vuelve la luz, no estamos en el txoko.

El olor llega antes que la vista: humedad, sudor, desinfectante y hierro. El olor que deja la sangre cuando se seca. Estamos en un barracón lleno de hombres amputados y febriles. Paredes desconchadas. Suelo manchado. Lámparas de aceite y velas. Una sala larga, con camastros alineados.

—Esto es una broma, ¿verdad? —susurra alguien a mi lado.

Nos miramos. Seguimos siendo nosotras: uniformes, acreditación colgada de la casaca, la misma expresión de “otra noche larga”. Pero este hospital no es el nuestro. Es otro tiempo.

Al fondo del barracón, una figura avanza con una lámpara en la mano. La luz dibuja un círculo a su alrededor, como si contuviera el caos. No hace falta haberla visto nunca. La reconocemos antes de que llegue.

Florence Nightingale se detiene frente a nosotras y nos observa una a una, como si revisara una hoja de coberturas.

—Llegáis tarde —dice, sin alzar la voz.

Nadie responde.

—No sois de aquí —continúa—. Venís de un hospital que todavía no existe. Pero estáis aquí por un motivo. Habéis olvidado algo que aquí sigue intacto.

—¿El qué? —consigo preguntar.

La lámpara ilumina su mirada.

—El porqué de vuestro trabajo.

No explica más. Nos coloca donde más hace falta.

Me deja en un espacio que hace de despacho improvisado. Desde allí se ve casi todo el barracón. En la mesa hay papeles, listas de camastros con marcas de colores, nombres a medio escribir. No hay ordenadores ni mapas de camas. Pero reconozco el patrón. Es un pase de relevo. Exactamente como el nuestro.

—Tú, conmigo —le dice a una compañera—. Escucha.

La lleva junto a una voluntaria joven que está a punto de llorar.

—No es sólo que falten manos —le explica—. Falta alguien que ponga orden. Que priorice. Que sostenga cuando el trabajo supera a las personas.

A otra la coloca frente a una estantería de vendas y frascos etiquetados.

—No hay almacén de noche —dice—. Hay lo que ves. Y lo que no esté cuando haga falta, será responsabilidad vuestra, no del destino.

Cómo nos suena.

Sin darme cuenta, hago lo mismo que en casa: quién está de turno, quién está de baja, dónde se acumula la carga, de qué zonas puedo mover personal. No hay coberturas, pero sí voluntarias, soldados con experiencia, monjas que saben vendar mejor que yo.

—No podemos más —me dice una de ellas, con ojeras profundas.

La miro y veo a cualquiera de nuestras enfermeras en una planta llena. Le digo lo que tantas veces: no puedo quitarte trabajo, pero mandarte ayuda para este rato complicado.

Nuevo personal. Señalo camastros. Pido relevos. Nadie me ha nombrado responsable de nada, pero alguien tiene que sostener la estructura cuando la dirección no está.

Florence observa sin intervenir.

—No necesitáis magia —dice—. Solo recordar lo que ya sabéis hacer.

Los días pasan. Doblamos turnos. Llegan heridos sin parar. Hay improvisación, pero también lógica. Un patrón que se repite: registrar, clasificar, decidir.

—En vuestro hospital también os falta información —me dice revisando una lista—. ¿Verdad?

Asiento. Siempre hay algo que no cuadra.

—Entonces ya lo habéis entendido —responde—. Supervisar es ver el conjunto cuando todos miran el detalle.

Un cirujano irrumpe enfadado. No soporta que otro herido más llegue a su barracón. Respiro y le explico lo que hay: ingresos simultáneos, una hemorragia, camastros inutilizados. No se va satisfecho, pero entiende que no es desinterés, sino equilibrio constante.

—Aquí también mediáis —dice—. Como en casa, solo que con menos luz.

Más tarde, un familiar entra gritando. No busca protocolos ni culpables. Busca ser escuchado. Una de nosotras se adelanta, le ofrece una silla, escucha, explica lo que sabe y lo que no. El tono baja.

—Eso también es supervisar —dice Florence—. Que el conflicto no crezca.

Una madrugada, el barracón está tranquilo. Florence se sienta con nosotras y deja la lámpara en el suelo.

—No confundáis esto con cuidado —dice.

Nos mira despacio.

—Distribuir personal no es cuidar, es gestionar.

—Resolver incidencias no es improvisar, es dirigir.

—Evitar que un conflicto escale no es suerte, es liderazgo.

—Sostener a un equipo cuando el cansancio aprieta es ejercer autoridad profesional.

—Y ver el hospital en su conjunto, cuando todos miran solo su parte... eso es supervisar.

Hace una pausa.

—Lo hacéis en cada turno, incluso cuando nadie os ve.

El octavo día, la luz parpadea.

—Es hora de volver —dice—. Vuestro lugar no está aquí.

Levanta la lámpara.

—Nadie os verá caminar de madrugada con ella. Pero cada decisión que tomáis es una luz. Convertís el caos en decisiones. Si falláis, todo lo demás se tambalea.

Cierro los ojos.

Cuando los abro, estoy de nuevo en el txoko. Las copas siguen sobre la mesa. El mundo no se ha enterado de nada.

Miro el móvil. Varias llamadas perdidas del hospital. Una avería. Personal que no viene. Un problema de camas.

Me levanto.

Mientras camino, pienso que nuestro trabajo no es eliminar el caos, sino darle forma. Que gestionar, dirigir, liderar, priorizar y sostener no son solo funciones: son la estructura que mantiene al hospital en pie.

Y aunque nadie nos vea caminar de noche con la lámpara, esa es nuestra manera de sostener la luz.